

«POR FAVOR PRENDAN LA CÁMARA».
ACERCA DE LA MIRADA Y EL SENTIDO
SOCIAL

PLEASE TURN ON THE CAMERA.
ABOUT THE GAZE AND THE SOCIAL SENSE

WLADIMIR SIERRA FREIRE¹

¹ Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Quito, Ecuador. mwsierra@puce.edu.ec



Estudiantes de Historia, 2019. Taller Alumni II



«POR FAVOR PRENDAN LA CÁMARA». ACERCA DE LA MIRADA Y EL SENTIDO SOCIAL

PLEASE TURN ON THE CAMERA.
ABOUT THE GAZE AND THE SOCIAL SENSE

Wladimir Sierra Freire

Palabras clave: mirada, plataforma, gestualidad, otro comunicativo

Keywords: gaze, platform, gestures, communicative other

RESUMEN

La pandemia, en su fase de confinamiento, obligó a los seres humanos a recurrir a otro tipo de comunicación y mirada. Una mirada digitalizada reemplazó la plasticidad de lo que otrora fuera uno de los cinco sentidos implicados en el acto de sociabilidad presencial. También significó el uso de

tecnologías hasta ese momento marginales en una interacción cotidiana, y laboral. Del entrecruce de ambas condiciones, surge una reflexión sobre la distorsión de la mirada, la gestualidad transformada, los espacios múltiples y los avatares, en un proceso ético-comunicativo desarticulado.



ABSTRACT

The pandemic, in its confinement phase, forced human beings to resort to another type of communication and gaze. A digitized gaze replaced the plasticity of what was once one of the five senses involved in the act of face-to-face sociability. It also meant the use of tech-

nologies that had been marginal up to that point in everyday and work interaction. From the intersection of both conditions, a reflection arises on the distortion of the gaze, transformed gestures, multiple spaces and avatars, in a disjointed ethical-communicative process.

INTRODUCCIÓN

Un hecho extraordinario, la pandemia del Covid 19, obligó a la totalidad de habitantes del planeta a un estricto confinamiento domiciliario a lo largo de 18 meses, acontecimiento insólito que afectó radicalmente la reproducción de la vida social. En esas condiciones excepcionales, los seres humanos nos vimos obligados a la utilización de la tecnología digital para seguir reproduciendo, aunque de modo parcial, las interconexiones laborales y cotidianas que tejen nuestras vidas. Esta abrupta novedad trajo consigo muchos incon-

venientes cuya causa principal fue la falta de experticia técnica y social sobre el uso de plataformas pensadas para este tipo de conexión. Este texto trata de reflexionar sobre: 1) qué importancia tiene la mirada en la construcción del sentido social; para luego, 2) reconstruir las nuevas condiciones comunicativas que trajo consigo la utilización de las plataformas tecnológicas; y, finalmente, 3) revisar los efectos que en los procesos de socialización y subjetivación ocasiona en la mirada la vinculación con la imagen digital.

LA MIRADA Y EL SENTIDO SOCIAL

Desde las tempranas reflexiones filosóficas sobre las capacidades empírico-captativas de los humanos, la vista

ocupó un lugar por demás privilegiado. Al inicio de su *Metafísica*, Aristóteles afirma que:





Todos los hombres desean por naturaleza saber. Así lo indica el amor a los sentidos; pues, al margen de su utilidad, son amados a causa de sí mismos, y el que más de todos, el de la vista. En efecto, no sólo para obrar, sino también cuando no pensamos hacer nada, preferimos la vista, por decirlo así, a todos los otros. Y la causa es que, de los sentidos, éste es el que nos hace conocer más, y nos muestra muchas diferencias (Aristóteles, 1994, pág. 37).

El sentido de la vista, como queda claro desde las certezas del estagirita (Aristóteles), es el más importante de los sentidos en el proceso de apropiación sensible del mundo. Es a través de ella, de la vista, que la exterioridad de lo material se nos da hacia la interioridad de nuestra psiquis, en donde esta exterioridad se ordenará desde nuestras capacidades cognitivas superiores. El universo es absorbido, preponderantemente, por el sentido visual.

Desde una perspectiva más contemporánea, Donis A. Dondis nos recuerda, en ese mismo sentido, la importancia de la vista, sobre el resto de canales captativos.

La primera experiencia de aprendizaje de un niño se realiza a través de la conciencia táctil. Además de este

conocimiento "manual", el reconocimiento incluye el olfato, el oído, y el gusto en un rico contacto con el entorno. Lo icónico (la capacidad de ver, reconocer y comprender visualmente fuerzas ambientales y emocionales) supera rápidamente esos sentidos. Casi desde nuestra primera experiencia de mundo organizamos nuestras exigencias y nuestros placeres, y nuestras preferencias y nuestros miedos dentro de una intensa dependencia respecto a lo que vemos o lo que queremos ver. Sin embargo, esta descripción es la parte visible del iceberg y en absoluto la exacta medida del poder y la importancia del sentido visual en nuestras vidas (Dondis, 2018, pág. 15).

Empero, hay que establecer una distinción clara entre ojo, vista y mirada. El primero es un extraordinario órgano que nos permite la percepción visual del entorno, es, hasta donde han podido indagar las ciencias anatómicas y fisiológicas de la vida animal, el órgano más complejo, la máquina más perfecta producida por la evolución. El ojo nos permite una captación diferenciadora de la realidad externa; mediante su agudeza podemos desemparejar en el mundo forma y color, movimiento y distancia, tamaño y profundidad, cantidad y calidad, etc. La vista, por su lado, es la capacidad



biológica de captar mediante los ojos las distintas longitudes de onda de la luz que reflejan los distintos componentes del entorno. La vista responde a los requerimientos biológicos vinculados sobre todo con la necesidad de protección y supervivencia. La vista es una estrategia animal para orientarnos sigilosamente en un entorno peligroso. Sin embargo, la vista en los humanos, va transformándose poco a poco en una compleja organización de lo captado determinada por las particularidades culturales que educan la capacidad visual de los individuos. La mirada, entonces, es ya esa vista culturalizada, es el ver desde una cultura, esto significa, que a la absorción de las particularidades del entorno se agrega una serie de componentes que no aporta el ver, sino los lenguajes de la diversidad cultural. Con la mirada, la especie *homo* abandona casi en su totalidad la función protectora de la vista animal para desplegarse en la magnífica plasticidad del observar humano. Para devenir también por eso, el género *sapiens sapiens*.

Cuando miramos, incluso "lo natural", este Ser ya no se nos da en sus particularidades extra culturales, en sus indicadores de atención y peligro, sino que es reconstruido por la mirada con todas las cargas que cierta cultura otorga a ese espacio, no solo en la decodificación de sus formas y colores, sino también en sus dimensiones éticas, estéticas, religiosas,

etc. La mirada condiciona los mismos objetos mirados, los *performa*, pero además ubica a ellos en otras dimensiones extrasensoriales, más relacionadas con los discursos simbólicos de quien observa. La mirada localiza aquello que segmenta, a través de la vista, en un cosmos, en una estructura particular de mundo. La vista organiza el orden simbólico no de los objetos del Ser natural, sino de los signos y sentidos del universo sígnico.

De ahí que el ojo y la visión, a pesar de no perder su piso biológico, son de todos modos productos inscritos en el devenir histórico de los pueblos, pues, su función fisiológica se ve potenciada, ampliada y direccionada por las exigencias de la mirada, por la información que los discursos aportan a esas capacidades ópticas de captación. La mirada, que no es sino la adaptación del ver a la particularidad de una cultura ubicada en su caminar histórico, cobija la intencionalidad del proceso óptico-captativo desde un espesor semántico extra-visual. El Marx de los *Manuscritos económicos filosóficos* (1987) ubicó con diáfana claridad la transformación de los sentidos y sus funciones perceptivas desde los requerimientos materiales determinados por la historicidad a la que pertenecen. Los ojos, así como la vista, en los humanos, son órgano y función enriquecidos por el acumulado histórico, ojos que ven con la intensidad y la definición que la cultura les otorga.





Es la existencia de su objeto, la naturaleza *humanizada*, lo que da vida no solo a los cinco sentidos, sino también a los llamados sentidos espirituales, a los sentidos prácticos (la voluntad, el amor, etc.) en una palabra, al sentido *humano*, a la humanidad de los sentidos. La formación de los cinco sentidos es el resultado de toda la historia universal anterior. El *sentido* aprisionado por la tosca necesidad práctica solo tiene también un sentido *limitado* (Marx, 1987, pág. 102).

De tal modo que la mirada es la vista historizada, es la adaptación del ojo y el sentido de la visión a las necesidades de un tiempo determinado, de un tiempo que existe solo como almacenado histórico, como requerimiento cultural particular. El ojo y el mirar se fueron educando con el pasar del tiempo cultural, fueron agudizando y perfeccionando no solo su funcionamiento material, sino que, y esto es lo más importante, fueron ampliándose para poder mirar desde los discursos, para poder oler, sentir y saborear con los ojos de cierta cultura. La mirada no solo

ve, la mirada *semantiza* el entorno desde los intereses y las inquietudes particulares de la cultura que observa vinculada a los sentidos de su devenir.

Es por aquel espesor cultural característico de la mirada que en ella se traslucen y transmiten los más finos momentos de la existencia cultural; la expresividad facial, la intensidad de la vista dibujan en el rostro, alumbran desde el ojo del sujeto comunicante todos los universos simbólicos de su cultura. Así también, el que mira decodifica y comprende esos universos al devolver, en la gestualidad y en la intensidad de su mirar, la comprensión de esas constataciones de sentido. Lo específico del ser cultural pende entre el mirar y el ser mirado, en la co-pertenencia y complicidad que produce el encuentro de los ojos que construyen en su interactuar la mirada. Por eso se suele señalar que los ojos son las ventanas del alma, pero de un alma que amalgama particularmente el *pensamiento vivido* (Lukács, 1981). Ese pensamiento que decanta la experiencia vivida como sedimento del alma, aquel sedimento que, luego, aparece expresado en la mirada.

LA MIRADA SE DIGITALIZA

El confinamiento obligatorio, al que nos referimos líneas arriba, oca-

sionado por la planetarización del virus Covid 19, trajo como su mayor afrenta



a nuestra arrogancia como especie que, todos los seres humanos quedásemos reclusos a la estrechez de nuestros hogares. El espacio público físico, la monumentalidad del urbanismo moderno quedó suspendido, inhabilitado, por más de un año. Con excepción de ciertas actividades: proveerse de alimentos, visitas médicas, cuidado de nuestros mayores, la totalidad de nuestra vida la tuvimos que reproducir desde la privacidad asfixiante de nuestras casas. Por suerte, para nuestro tiempo, los grandes avances tecnológicos de la digitalización, posibilitaron, en muchos casos, que, en la comunicación cotidiana, pero, sobre todo, en la vida laboral pudiésemos continuar viviéndolas desde la incomodidad de nuestras cuatro paredes¹.

De un día para el otro, sin una prudente capacitación, una serie de actividades laborales se incorporaron urgentemente a la digitalización. Plataformas de comunicación visual permitieron que aquellos eventos que exigen la confluencia de varias personas: clases, conferencias, seminarios, reuniones, pudiesen seguir realizándose con la ayuda de esos programas. Una de las conse-

cuencias más interesantes y llamativas de esa nueva práctica, para el análisis que nos ocupa, fue la inminente digitalización de las imágenes, pero también de la mirada.

El fenómeno, si bien tenía ya muchos antecedentes, se mostró en la novedad de su absolutización. Desde hace ya algún tiempo utilizábamos las bondades del *live streaming* para comunicarnos esporádicamente en la vida cotidiana. Lo nuevo fue que se convirtió en el único vehículo para la continuación de la vida laboral compartida. Hasta aquel momento, por lo menos en nuestra particular existencia social, el mundo del trabajo no utilizaba frecuentemente programas de transmisión e interconexión en vivo. Eran novedades tecnológicas que enfrentaban un fuerte rechazo por la costumbre de la presencialidad.

Existen algunas particularidades de este tipo de comunicación que queremos apuntarlas. De modo general, las plataformas educativas, en el caso que nos ocupa, están construidas para poder compartir imagen, sonido y adjuntar documentos digitalizados. Respecto a la imagen que se proyectan desde el

¹ Es obligatorio señalar que las ventajas que trae consigo la digitalización tecnológica del mundo es marcadamente excluyente. La mayoría de grupos poblacionales se encuentra, si no por fuera, bien en los márgenes de esas bondades. Los apremios que trajo la pandemia, justamente mostraron con absoluta claridad la inequidad económica, la brecha digital, entre los distintos individuos de este mundo y con mucha violencia de los de nuestro país.





ordenador, estas herramientas permiten mostrar el busto de los participantes en una imagen bidimensional. Difícilmente se puede incluir en esa imagen la gestualidad de las manos y excluye casi siempre la mímica corporal. Respecto al sonido, todo queda en dependencia de qué tan buenos son los dispositivos de audición: micrófonos y parlantes. Y, por supuesto, todo el funcionamiento está absolutamente determinado por el tipo de conexión que permite que los datos se transmitan por la red digital.

Una particularidad también de estas plataformas es que se puede incluir, en una suerte de realidad aumentada, el fondo sobre el que se proyecta la imagen, para de este modo poder ocultar o disimular el lugar desde donde se está transmitiendo. Así también, existe la posibilidad de apagar la imagen y el sonido a voluntad de los usuarios o del *host* de la reunión. Cuando la imagen es desconectada se sustituye por un avatar que puede ser, o la foto, o el nombre del participante.

DESARTICULACIÓN Y DISTORSIÓN DE LA MIRADA

En un inicio fue muy novedoso y entretenido poder encontrarse virtualmente a través de estas plataformas con los seres queridos, los alumnos y los colegas de trabajo. Volver a verlos en esas duras condiciones de aislamiento fue extremadamente gratificante y enternecedor. Poder mirarlos en su gestualidad facial, en su sonrisa, en su sonoridad, permitió un respiro al peso del aislamiento y de la erosión dramática de la socialización cara a cara, determinada por el confinamiento sanitario. La tecnología digital finalmente mostraba y ratificaba sus bondades en la reproducción de nuestra cotidianidad y de nuestra vida laboral.

Pero, mientras el tiempo pasaba, fuimos descubriendo otras curiosas ve-

leidades de estos tipos de encuentros digitalizados. Entendimos que se podía realizar otras actividades mientras se desplegaban las reuniones laborales e incluso comprendimos que esas reuniones se las podía realizar en movimiento, mientras se caminaba, o en el mismísimo tránsito vehicular. La desconexión del sonido y la imagen incluida en las plataformas, permitía condiciones inmejorables para la realización de esas otras actividades mientras no se dejaba de asistir a tal o cual reunión, a tal o cual encuentro. El conocido término del *multitasking* finalmente cobró realidad para muchas generaciones de los así llamados migrantes digitales. Sentimos, finalmente, que era posible hacer aquello que nuestros es-





tudiantes e hijos ya lo venían realizando desde hace algunos años.

Así, nos fuimos acostumbrando con el pasar del tiempo a interactuar, a través de esas ventanas digitalizadas que son las pantallas de los ordenadores, ya no con las imágenes de los participantes, sino con sus avatares o con las grafías de sus nombres, sin importarnos incluso tener la mínima retroalimentación comunicativa. Y si la misma limitación que trae ya consigo la imagen bidimensional y la reducción de lo corpóreo a un escueto busto, en el mejor de los casos, ya ocasionaba cierta dificultad comunicativa, la ausencia definitiva de un rostro actuante, de su gestualidad, del brillo comunicativo de los ojos y de la expresión verbal, lo empeoró radicalmente².

A pesar de las ventajas ya señaladas, el *multitasking* y la libre movilidad, la permanente ausencia de la imagen digital de los participantes comenzaron a producir una incomodidad creciente. Comenzó a desgastarse y enfermarse la mirada. Poco a poco se tornaron tediosas esas reuniones y esas clases donde teníamos que hablar ininterrumpida-

mente, por largos periodos, sin saber siquiera si nos estaban escuchando, si nos estaban mirando, si por lo menos estaban ahí escondidos y difuminados tras el avatar. Y nos dimos cuenta —a la fuerza y a la cansada— de que nos estábamos desarticulando socialmente. De que nos estábamos secando simbólicamente. Nos faltaba movimiento, nos faltaban palabras, pero sobre todo nos faltaban miradas. Ahí fue cuando se hizo popular, en toda reunión, en toda clase, aquel “por favor prendan la cámara”. Y ese angustiado pedido, ese clamoroso grito de redención, no trataba de reintroducir al resto de participantes a la clase, a la reunión, sino de protegernos de nuestra soledad, de tener que lidiar tanto tiempo con nosotros mismos.

Esa suerte de ruego y exigencia, “por favor prendan la cámara”, era un grito desesperado porque nos estábamos descomponiendo subjetivamente, nos estábamos desprendiendo de nuestra culturalidad. A golpes de silencios, de oscuridades destellantes, finalmente comprendimos la esencia de nuestro ser intersubjetivo³. No somos sin el

² “El medio visual más directo —señala Dondis— aunque más informal, es aquel en el que, consciente o inconscientemente, participamos todos mediante la expresión facial o el gesto corporal (...) pero hay muchas otras expresiones y gestos menos formalizados que persisten como una especie de lenguaje popular” (Dondis, 2018, pp. 195-196).

³ John Berger explica al respecto: “Poco después de ver, nos damos cuenta de que también podemos ser vistos. El ojo del otro se combina con el nuestro para dar plena credibilidad al hecho de que formamos parte del mismo mundo visible. (...) la naturaleza recíproca de la visión es más fundamental que la del diálogo hablado. Y a menudo el diálogo es un intento de verbalizarlo, un intento de explicar, metafórica





otro, no podemos existir sin ese otro de la comunicación, no podemos ser sin aquel con quien producimos y reconstruimos nuestro ser social, nuestra socialización y nuestra subjetividad. Su ausencia provoca en nosotros una creciente inautenticidad, una extrañeza de nosotros mismos, una auto-enajenación por interrupción del proceso de reconocimiento ético-comunicativo (Honneth, 2005). La no presencia del auditorio para el habla y para la mirada fue erosionando nuestra gestualidad, nuestra mímica corporal, y con esta nuestra voz. Se fue desintegrando por falta de la respuesta comunicativa, por falta de retroalimentación sónica. Fuimos perdiendo de a poco nuestra humanidad. La cara se desenchaja, la voz pierde tono y cadencia, nos fuimos deformando. Los ojos iban dejando de mirar y recuperaban su condición animal, la de asechar visualmente lo desconocido.

“Por favor prendan la cámara” es un ruego para no sentirnos aislados, para evitar que nuestro ser se vaya desmoronando por falta de voces, pero sobre todo por falta de miradas. El monólogo

cacofónico y el mundo del espejo mimético no son posibles. La mirada, o las miradas, en toda su complejidad, actualizan permanentemente nuestra pertenencia a lo simbólico-humano, al mundo de los afectos y las emociones, al espacio de los sentidos. Sin ellas, el mundo se va apagando, se va descomponiendo en el vacío y el sinsentido de la inmovilidad, del tiempo detenido, de lo gélido.

La falta de mirada nos aleja de la temporalidad histórica que nos constituyó y nos constituye, va minando las distintas formas de socialización que están conectadas indisolublemente con las distintas formas del mirar. La ausencia de mirada va extinguiendo lentamente los sentimientos y las emociones que acompañan nuestra conexión con los otros, y con los objetos del mundo. Las cosas, los objetos materiales, son siempre cosas y objetos para nosotros, son utensilios, son instrumentos. Son entes que han encontrado un espacio en el sentido que les otorga la culturalidad, son siempre entes que penden entre los intereses comunicativos de los hablantes, son entes estructurados desde la mirada⁴.

o literalmente, cómo uno ve las cosas, y de descubrir cómo las ve el otro” (Berger, 2017, pág. 9). Del mismo modo, Jürgen Habermas ha fundamentado la existencia social humana en la intersubjetividad comunicativa que constituye el proceso por el cual los humanos construimos nuestro mundo social compartido. Es el acuerdo intersubjetivo, posibilitado por la interacción comunicativa, el que permite la construcción de las instituciones sociales como el tejido del mundo de vida (Habermas, 1981).

⁴ Es sin duda la Escuela Fenomenológica inaugurada en la Filosofía por Edmund Husserl y extendida hacia las Ciencias Sociales por Alfred Schütz quien mejor entendió la pertenencia de los objetos a la arquitectónica del *mundo de vida*. Al sentido que en la interconexión comunicativa otorgamos al mundo ob-





En ese momento de desesperanza, de desasosiego, buscamos angustiados, en los recovecos de la pantalla del ordenador, otra voz, otra mirada... y lo único que encontramos es a nosotros mismos. Nos vemos hablar y mirar, pero desde ese espejo tautológico, desde ese rostro mimético que agrava más nuestra desconfiguración. Observamos a nuestro rostro convirtiéndose en avatar. Esa voz y esa imagen que nos devuelve violentamente el ordenador, esa voz y esa mirada que no están medidas por la otra subjetividad, no nos complementan, no nos constituyen. Esa imagen profundiza el absurdo, nos mira sin responder, sin complementar, sin contradecir, nos mira en la negación que produce la identidad vacía. No nos mira en sentido estricto, nos aniquila desde el horror de lo idéntico. Repite nuestros gestos, repite nuestra voz, repite hasta el cansancio nuestro desasosiego. No es lo mismo que la mirada matinal que nos permitimos en el espejo del baño, del tocador, en ella nos encontra-

mos con nosotros mismos convertidos en objetos de atención y cuidado. Pasamos revista a nuestra existencia. Nos encontramos en nuestra objetivación cultural, nos hallamos como seres socializados con nosotros mismos. Ahí sí podemos comunicarnos, entendernos como el otro de la interacción verbal. En el espejo miramos el nosotros objetivado como cosa a ser adornada, a ser atendida, a ser cuidada. Nada de eso ocurre en la imagen del ordenador. Ahí no encontramos en esa copia muda al otro comunicativo, al que nos constituye y reafirma en nuestro mundo, en nuestro existir.

En el desencuentro “reflejo con ese nosotros mismos” que copia impertinentemente nuestras palabras, nuestra expresividad facial, arribamos a la vaciedad última de nuestra subjetividad, nos de-socializamos totalmente, dejamos de existir como seres sociales, nos cosificamos⁵. Por eso, una vez más, la súplica desesperada: “por favor prendan la cámara”.

jetuál, a los entes que penden entre las relaciones subjetivas: "...el mundo de mi vida cotidiana no es en modo alguno mi mundo privado, sino desde el comienzo un mundo intersubjetivo, compartido con mis semejantes, experimentado e interpretado por Otros; en síntesis, es un mundo común a todos nosotros” (Schütz, 2008, pág. 280). Desde otra perspectiva Han ha señalado, en *No-cosas*, la importancia que tiene la relación con las cosas materiales, para la recuperación del sentido y la pertenencia a un mundo material que se encuentra debilitado por la ampliación desmedida de la tecnología y la cultura digital (Han, 2021).

⁵ Nos cosificamos porque perdemos u olvidamos el reconocimiento social que nos asienta como sujetos de interconexión ética. Pues “la cosificación del ser humano significa (...) el hecho de perder o negar en nuestra mirada el reconocimiento preliminar de ese ser humano” (Honneth, 2005, pág. 76).





REFERENCIAS

- Aristóteles. (1994). *Metaphysik*. Hamburg: Rowohlt Verlag.
- Berger, J. (2017) *Modos de ver*. Barcelona: Editorial G.G.
- Dondis, D. (2018). *La sintaxis de la imagen*. Barcelona: Editorial G.G.
- Habermas, J. (1981). *Theorie des kommunikativen Handelns*. Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag.
- Han, B. (2021). *Undinge. Umbrüche der Lebenswelt*. Berlin: Ullstein Verlag.
- Honneth, A. (2005). *Verdinglichung*, Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag.
- Husserl, E. (1996). *Die Krisis der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*. Hamburg: Felix Meiner Verlag.
- Lukács, G. (1981). *Gelebtes Denken*. Frankfurt am Main: Suhrkamp Verlag.
- Marx, K. (1987). *Ausgewählte Werke*. Band I. Berlin: Dietz Verlag.
- Schütz, A. (2008). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.